

leon á abandonar la carrera de marina, que queria abrazar, para entrar igualmente en artillería. Recordándole José estos hechos, le invitó á la clemencia. «¿Quién nos hubiera dicho entonces, añadió, que tuviéramos que deliberar un día sobre la suerte del nieto del príncipe de Condé?» Al mismo tiempo le recordó sus principios, enemigos de toda reaccion, segun los cuales queria, como él mismo decia, permanecer como la cúpula del edificio.

«El primer cónsul le contestó que no se trataba aquí de reaccion política, sino de complots de asesinato; que estos se sucedian uno á otro sin interrupcion; que el duque de Enghien era uno de los jefes del de Georges, y que no veia razon para dejar á los príncipes de la casa de Borbon venir impunemente á conspirar hasta la frontera. El primer cónsul rompió en seguida la conversacion, proponiendo á su hermano que se quedara á comer en la Malmaison; pero este le dijo que habia convidado á algunas personas, y se volvió á Morfontaine.»

Hé aquí, en verdad, detalles precisos, y no queríamos otra cosa que darles crédito, porque tanto en ellos como en el relato anterior de M. Thiers, se trazan perfectamente los caracteres. Nadie negará la bondad de Josefina, su excelente corazon y buen juicio, y el espíritu de moderacion de José. Pero estos son discursos muy largos, y no vemos quien nos los refiera; M. de Fayet, tan exacto, tan escrupuloso, por lo comun, dispuesto siempre á citar sus autoridades, no nos dice en esta ocasion de dónde proceden detalles tan minuciosos. Observemos solamente que á la hora en que se supone esta conversacion, creía aun Bonaparte que el duque de Enghien era uno de los jefes del complot de Georges, que habia conspirado contra su vida. ¿Acaso no habia leído aun todos sus papeles?

Para volver á la historia y á los hechos incontestables, hasta las cuatro de la noche del 20 de marzo, no recibió, en fin, el primer cónsul el despacho telegráfico que anunciaba la partida del prisionero para París. Cerca de una hora despues, se le avisó por un correo, la llegada del príncipe á París.

Entre tanto, Murat habia noticiado al gobierno consular las personas que habia escogido para formar la comision militar. Hé aquí este documento:

*Al gobierno de París, 29 de ventoso, año XII de la República.*

El general en jefe, gobernador de París.

En ejecucion del decreto del gobierno, con fecha de hoy, disponiendo que el aquí presente duque de Enghien, sea juzgado por una comision militar, compuesta de siete miembros nombrados por el general gobernador de París, ha nombrado y nombra, para formar dicha comision, á los siete militares cuyos nombres son los siguientes:

Al general Hullin, comandante de los granaderos de á pie de la guardia de los cónsules, presidente;

Al coronel Guitton, comandante del primer regimiento de coraceros;

Al coronel Bazancourt, comandandante del 4.º regimiento de infantería ligera;

Al coronel Ravier, comandante del 18 regimiento de infantería de línea;

Al coronel Barrois, comandante del 96 idem;

Al coronel Rabbe, comandante del 2.º regimiento de la guardia municipal de París;

Al ciudadano Dautancourt, mayor de la gendarmería escogida, que llenará las funciones de capitán relator.

Esta comision se reunirá al punto en Vincennes, para juzgar allí sin intervalo al acusado, conforme á los cargos enunciados en el decreto del gobierno, de que se enviará copia al presidente.

J. MURAT.

Los miembros designados por Murat, eran todos los coroneles de los regimientos que estaban de guarnicion en París. Su presidente, Pedro Agustin Hullin, general de brigada, era un valiente soldado, un buen jefe de estado mayor, y nada mas. A pesar de su mision secreta cerca del dey de Argel (1802) no debemos representárnosle como una cabeza política. Hijo de París, nacido bajo los pilares de los mercados, en la tienda de un pobre prendero, vencedor de la Bastilla á los veintin años, Hullin habia sido republicano entusiasta como tantos otros. Pero, disgustado, como muchas valientes gentes, de la República por sus escesos, se habia visto acusado bajo el terror, de moderantismo, y habia sido detenido como sospechoso. No era, pues, ni un hombre de sangre distinguida, ni un hombre político: era un oficial de tercer orden, esclavo de la disciplina, esperándolo todo del hombre que gobernaba la Francia, y al cual era ciega y sinceramente adicto.

Los miembros de la comision fueron avisados individualmente de tener que ir á casa de Murat á tomar sus órdenes; de aquí se dirigieron á Vincennes sin saber de qué acusado se trataba. Habiánse tomado además por el primer cónsul las disposiciones necesarias en semejantes circunstancias. Para guardar el castillo de Vincennes durante el juicio, se habia escogido una brigada de infantería y la legion de gendarmería escogida. El general Savary, coronel de la gendarmería escogida y ayuda de campo del primer cónsul (M. Thiers le nombra por error solamente el coronel Savary), fue designado para el mando de estas fuerzas.

«Yo acababa de llegar hacia dos dias (dice Savary en sus *Memorias*), de vuelta de la mision que se me habia encargado en las costas de Normandía, cuando hácia las cinco de la tarde del 29 de ventoso (20 de marzo) fuí llamado al gabinete del primer cónsul, y recibí de él una carta sellada, con orden de llevarla al punto al gobernador de París, que lo era entonces el general Murat; al llegar á su casa, me crucé en la puerta cochera con el ministro de relaciones estranjeras, que salia de él (M. de Talleyrand, que acababa de saber lo que debia hacerse del prisionero que habia llegado al patio de la casa). El general Murat, que se hallaba indispuerto hasta el punto de no poder andar, me dijo que debia yo conocer por las instrucciones de que era portador, las